

Prólogo

Quedé fuertemente sorprendido cuando, al entrar en el patio delante de la catedral latina del Espíritu Santo, de Estambul, me encontré con una imponente estatua de bronce de Benedicto XV, un Papa poco conocido y recordado en el mundo occidental. Erigida en 1921 con los donativos de católicos y musulmanes, armenios y hebreos, quiso también contribuir al proyecto el Sultán Mehmet VI. Era un reconocimiento a la paternidad espiritual y universal de Benedicto XV, quien había establecido oficinas para localizar a los prisioneros de guerra y ponerlos en contacto con sus familias, así como centros médicos para atender a los heridos de cualquier nacionalidad y otras formas de asistencia que habían sostenido a los más débiles, sin distinción de creencias, en el curso del conflicto. Al pie de la estatua se lee: «Al gran Papa de la trágica hora del mundo, Benedicto XV, benefactor del pueblo sin discriminación de nacionalidad o religión. En señal de gratitud, el Oriente». Con esto, se reconocía la intensa actividad desarrollada por el Papa Benedicto XV durante la primera guerra mundial (1914-1918) a fin de impedir el conflicto y, después, para acelerar su terminación. Ignorado por las grandes potencias europeas y por América en sus peticiones de paz, y marginado de las negociaciones políticas, Benedicto XV recibió honra y gratitud en un país de mayoría no cristiana. Su monumento escultural invita además al

visitante ocasional a redescubrir al hombre allí representado y su misión. En realidad, este Papa está a la altura de las otras grandes figuras de Papas del siglo XX, y la presente biografía, escrita con un estilo fluido, ameno e incisivo, documenta la personalidad de Benedicto XV, pastor y profeta de paz, precursor de desarrollos providenciales en el campo de las misiones católicas y de nuevas formas de colaboración entre los Estados. El retrato de Benedicto XV se sitúa en el contexto de los acontecimientos clave de su tiempo, caracterizado por la rápida transformación política y social. La formación del futuro pontífice madura en el contexto del Risorgimento italiano, la unificación de Italia y el fin del poder temporal de los Papas. Al servicio diplomático de la Santa Sede, Giacomo Giambattista, de los marqueses Della Chiesa (1854-1922), futuro Benedicto XV, tiene la buena suerte de colaborar con un gran eclesiástico, Secretario de Estado de León XIII, el Cardenal Mariano Rampolla. La experiencia diplomática adquirida, el servicio en la Curia romana y los años pasados como arzobispo y cardenal al frente de la archidiócesis de Bolonia, constituyeron otras tantas etapas en preparación del ministerio papal. Elegido a la cátedra de Pedro cuando ya la guerra hacía estragos, Benedicto XV puso en práctica todos sus recursos de fe, gobierno y diplomacia para reducir la «matanza inútil», como definió aquella guerra, y hacer que prevaleciera la paz primeramente entre los Países que tenían una común tradición cristiana.

Pablo Zaldívar Miquelarena sintetiza con claridad y precisión los desarrollos políticos y militares y las intervenciones incesantes del Papa en favor de la paz. La voz de Benedicto XV no encontró una acogida favorable y fue con frecuencia tergiversada en el torbellino de las pasiones de guerra, pero su insistencia en mostrar los beneficios de la paz y el apoyo dado a la exigencia de colaboración entre los Estados constituyen una contribución original y fecundo de desarrollos doctrinales y prácticos. A un siglo de distancia, la persistente búsqueda de la paz y la argumentación desarrollada para justificar esa paz por parte de Benedicto XV han encontrado un amplio consenso. Sus sucesores han llevado adelante con

coherencia y determinación las enseñanzas que nos dejó, como también su convicción de que la guerra y la violencia son el camino equivocado para dirimir las controversias entre las naciones y causa de inmensos sufrimientos para pueblos enteros. En cambio, una situación «sin vencedores ni vencidos» donde la fuerza del derecho prevalece sobre el derecho de la fuerza, a través de un diálogo honesto y constructivo, puede llevar a una convivencia pacífica y fructuosa para todos. Es un modo nuevo de conducir las relaciones internacionales y sustituye la prepotencia de las armas. La atención dada a la situación política internacional es muy visible en el obrar de Benedicto XV. No podía ser de otra manera en un mundo en guerra. La convicción profunda del Papa, visible en sus llamamientos ininterrumpidos, era sin embargo el mensaje de fraternidad evangélico y del mismo Cristo como «soberano legislador de la convivencia civil, y fuente... de la perfecta restitución de todos los derechos». (Alocución del 24 de diciembre de 1918). La paz, más que un éxito político, es un don de Dios que brota de un corazón reconciliado con Él.

La prioridad dada al restablecimiento de la paz miraba a la creación de una verdadera comunión en la familia humana. Benedicto XV se prodigó por consiguiente en romper el aislamiento de la Santa Sede causado por la «Cuestión romana» y a hacerla presente en el mundo actual a través de la diplomacia pontificia. Terminada la guerra con la disolución de los grandes imperios alemán, austríaco, ruso y otomano, el Papa estableció relaciones diplomáticas con los nuevos Estados del este europeo en el intento de ensanchar la paz. Favoreció los primeros intercambios de propuestas con los políticos italianos para llegar a una justa solución del desacuerdo con Italia después de la toma de Roma con la aceptación de la idea de un territorio minúsculo que garantizase la independencia del Papa. No dejó tampoco de captar la evolución de la sociedad, y escribió a este respecto: «Se va dibujando un enlazamiento universal entre los pueblos, movidos naturalmente a unirse entre ellos por necesidades mutuas, así como por un benevolencia recíproca, especialmente ahora con el auge de la ci-

vilización y el admirable aumento de las relaciones comerciales». El paso siguiente fue el de promover que los países se reunieran en una sola sociedad, en una familia de pueblos. Pero el éxito de la Liga de las Naciones, apenas nacida, solo puede garantizarse si la «ley cristiana» es su fundamento. En esta perspectiva, «no será ciertamente la Iglesia quien rehúse su válida contribución». Y, por consiguiente, Benedicto XV exhorta «vivamente a todas las naciones... a coligarse en una única alianza que, auspiciada por la justicia, sea duradera» (*Encíclica Pacem, Dei Munus Pulcherrimum*, 1920). La Santa Sede no fue invitada a entrar en la Liga de las Naciones, que, no incorporando los principios indicados por el Pontífice, cerró sus actividades en 1946. La semilla arrojada continuó dando fruto y tanto el Concilio Vaticano II como el magisterio papal reafirmaron la necesidad de que los católicos participen en las estructuras internacionales y colaboren a la paz y la cultura del derecho.

La presente biografía, con precisión histórica, pone de relieve la personalidad de Benedicto XV, su inmensa labor de asistencia sin distinciones de raza, religión y nacionalidad y sus profundas intuiciones sobre la paz, sobre la presencia de la Santa Sede en la diplomacia internacional, así como el desarrollo de las Iglesias locales en el respeto de su cultura. No obstante los condicionamientos de la Gran Guerra, la acción de Benedicto XV abrió caminos innovadores a la perenne misión de la Iglesia en el mundo. Es, por tanto, tiempo de que este sucesor de Pedro no permanezca desconocido, sino que su vida y sus enseñanzas, con la contribución de esta obra, sirvan hoy de inspiración y ejemplo.

† Silvano M. Tomasi c.s.

Arzobispo titular de Asolo

Nuncio Apostólico, Observador Permanente cerca de las Naciones Unidas y las Organizaciones Internacionales en Ginebra